

posterior, en sus combates con Vritra y los demás espíritus ó genios enemigos. En efecto, Vishnu maneja el disco, su arma favorita, mejor que nadie, y tal vez ya en aquella época remota el pueblo le consideraba superior á Indra aunque no le rindiera culto como á éste. La imaginación del pueblo ha dado á Vishnu por esposas á Sinivali, el genio del nacimiento, á Sri ó Laxmi, la diosa de la hermosura y de la fortuna, hermana de Dhatar, y á Sarasvati, la diosa de la elocuencia y enseñanza. Entre ésta y Sri existe odio, porque «la riqueza raras veces va unida con la ciencia.» La diosa Sri está representada en el grabado adjunto sentada sobre una flor de loto. Un hijo suyo es Manmatha, el dios del amor. Vishnu va montado sobre una ave fantástica de fuego, que para bien de los dioses y de los hombres devora las serpientes, ó está sentado sobre la serpiente Sesha, que sostiene la tierra.



Sri, la esposa de Vishnu (según una imagen hallada en Indore).

Nada dicen los himnos védicos de un dios Siva, bien que este dios ya existe en ellos con el nombre de Rudra, el dios de la tempestad, cuyos efectos saludables conocían y agradecían los arya-indios. Por eso en el *Mahá-Bhárata* aparece Rudra con el nombre de Siva, que quiere decir «favorable.» Siva, como todas las divinidades, tiene gran número de sobrenombres, siendo los más usuales Mahesa y Mahadeva, que significan respectivamente «gran señor» y «dios grande,» títulos que por lo demás se dan en los himnos védicos ya á Rudra ya á muchas otras divinidades. Al fin del poema de la guerra de los bháratas se menciona á Siva como el dios Destino, y además con el carácter de destructor, cual otro dios Fuego. En efecto, con Agni se confunde á veces Rudra, tanto que en un pasaje del poema se dice de Rudra que los brahmanes sabios



Siva y Parvati (del templo subterráneo de Badami).

le llaman también Agni. Así sucede que la esposa de Agni, Svaha, y su hijo Skanda se confunden también con la esposa é hijo de Siva ó Rudra; y como Siva es llamado por otro nombre «Rey de las Montañas,» se llama también á su esposa Parvati ó sea Hija del Himalaya, ó Durga (la Inaccesible), y con muchos otros nombres.

Los templos dedicados á Siva y á su esposa son los más grandiosos de la India. En las esculturas está representado el dios á menudo con espada, su arma favorita, y su esposa Durga matando al vestiglo ó gigante asura en forma de búfalo; y á pesar de ser Siva y su esposa divinidades terroríficas y sangrientas como el Destino, siempre están representados jóvenes y hermosos.

Algo de esta importancia habrán tenido Vishnu y Siva ya en época remotísima, pero con el tiempo fueron equiparados á Indra y Agni, y poco á poco sobrepuestos á estos y á

otras divinidades, tanto que se les atribuyeron los hechos de Indra.

En el primer período de la época heroica el culto de los dioses consistía todavía como en la época védica en oraciones y sacrificios, generalmente bajo la dirección ó con la asistencia de los sabios poetas y cantores, sin que esto fuera obstáculo á que los jefes del pueblo, los reyes y los padres de familia celebrasen sacrificios y otros actos de culto sin el concurso de aquellas personas privilegiadas; pero poco á poco se aumentó la influencia de los brahmanes ó personas dedicadas de padre á hijo á las oraciones y al estudio de cuanto se relacionaba con la religión, y se organizó y generalizó la inclinación, probablemente tan antigua como el pueblo arya-indio mismo, á la vida solitaria dedicada á la contemplación de la divinidad, á la abstinencia y á las oraciones.



Durga (del templo de Badami).

En la época védica era al parecer costumbre ya antigua entre los arya-indios que los hombres principales en llegando á una edad avanzada se retirasen de la vida activa dejando que otros más jóvenes ocupasen su puesto; y en el *Mahá-Bhárata* leemos como si fuera también un caso muy común, que grandes jefes ó príncipes como Valarama renunciaban á tomar parte en la guerra para retirarse á un punto solitario y consagrado por la tradición y dedicarse allí á la vida ascética y contemplativa. Esto se explica sin esfuerzo por la religiosidad profundísima, innata y sin ejemplo de este pueblo; por su carácter meditabundo, su inteligencia rica, su imaginación exuberante, su sobriedad, el clima cálido que



Arđanari (Siva y Uma).

hacia buscar la sombra y frescura de los bosques, la proximidad de fuentes de fresca y cristalina agua y las orillas floridas de los ríos. Algun anciano guerrero, al retirarse á la selva, lo hacía con sus mujeres y alguna servidumbre y se recreaba con la caza, como lo hizo el viejo Pandu, padre de los cinco hermanos, y otros, como el anciano y ciego Dritarashtra, después de una vida agitada, para disfrutar de reposo y de tranquilidad. Dado todo esto y el respeto afectuoso que aquel pueblo profesaba á sus sabios, ancianos y varones dedicados á la oración, se comprende la multitud de colonias de cenobitas, de ermitaños y penitentes sueltos ó de familias enteras retiradas en sitios solitarios, que existían en todas partes en la época heroica según se ve en el *Mahá-Bhárata*. Esta vida retirada tenía además el atractivo de la libertad,

porque no era absoluta ni forzosa, ni privaba al solitario de recibir visitas y huéspedes, ni de volver entre los suyos para dar consejos ó para tomar otra vez una parte activa en los sucesos. En virtud de esta costumbre y afición pudieron conservarse por aquellos hombres las tradiciones y cuantos productos intelectuales dió de sí el pueblo arya en aquellos tiempos remotos, y no solamente los conservaron sino que los comentaron, amplificaron y sublimaron, dando origen así á creaciones nuevas y manteniendo vivo y próspero el capital intelectual de todo el pueblo. Por tanto no puede dudarse del fondo de verdad que se contiene en la narración de la vida errante de los hijos de Pandu y de sus visitas á tantas colonias de anacoretas y sitios de piadosas peregrinaciones, donde pasaron temporadas deliciosas en conversaciones discretas é instructivas por las elevadas doctrinas, historias y leyendas sagradas y de otros tiempos que les contaron los sabios retirados allí, lejos del ruido del mundo.

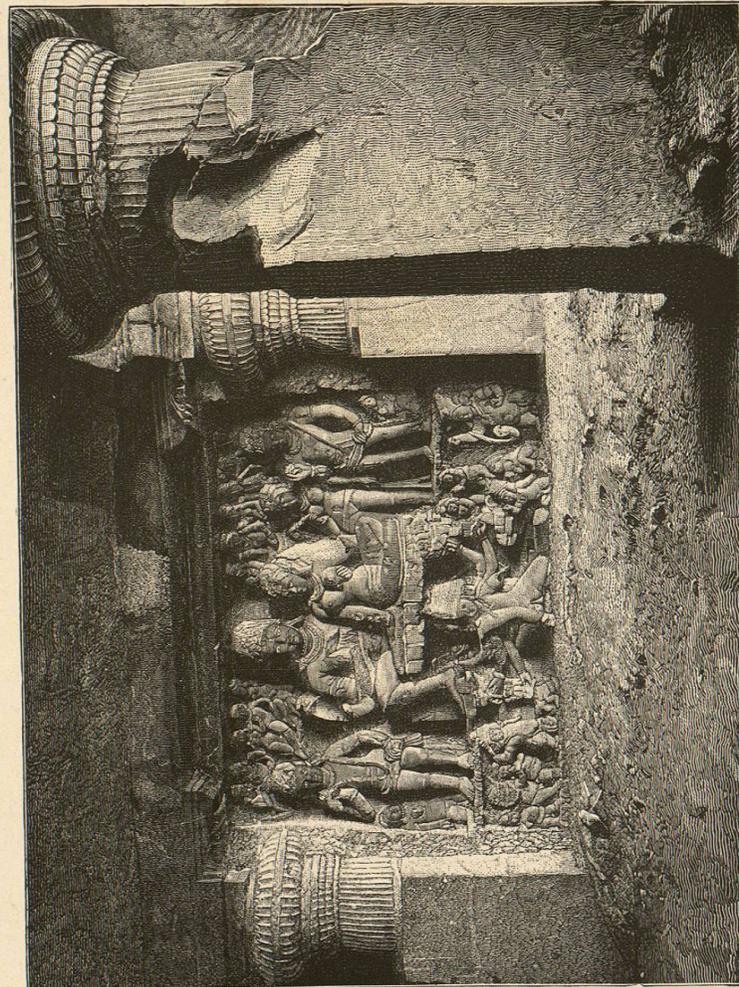
El libro 15 del *Mahá-Bhárata* trata de la retirada, vida y fin en la soledad del anciano rey Dritarashtra, de su esposa Gandari y de su cuñada Pritha, viuda de Pandu, y juzgamos á propósito para dar una idea de esta costumbre de los aryas de retirarse á la soledad, dar aquí un breve extracto del citado libro.

Yudishtira trató á Dritarashtra con toda la dignidad y todo el respeto que merecía, y procuró que nada le faltase de cuanto corresponde á un rey. Tanto el rey destronado como su esposa y Vidura estaban satisfechos del trato; pero el anciano rey no podía olvidar á sus hijos ni desechar particularmente la pena que le causaba el acto de Bhima, que le había matado al mayor. Bhima, por su parte, tampoco estaba satisfecho del magnífico trato que su hermano daba al rey vencido; pero nada de esto llegó á transpirar ni á tener consecuencias. Quince años había ya gobernado Yudishtira pacíficamente sus Estados cuando Dritarashtra solicitó su permiso para retirarse á la soledad de la selva, atendida su edad avanzadísima. Inútiles fueron todos los esfuerzos de Yudishtira para hacerle desistir de su propósito, y hubo de ceder á su deseo apoyado por Vyasa, que se presentó á este fin en palacio. Dritarashtra dispuso, pues, lo necesario para su marcha y despedida, y mientras se hacían los preparativos no se cansó de dar á Yudishtira reglas y consejos para el buen gobierno de sus Estados, reglas y consejos que constituyen una gran parte del libro. Cuando todo estuvo á punto para marchar, el rey ciego mandó convocar á todo el pueblo sin diferencia de clases y, reunido que estuvo, le pidió perdón por los males que él y sus hijos le habían causado y le expuso su resolución de pasar el resto de su vida en la selva. Un brahman tomó la palabra por el pueblo afligidísimo y dijo que ésto nada tenía que perdonar; que toda la familia real, y en particular Dritarashtra y Duryodana, habían sido soberanos bondadosos, solo que la fuerza invencible del destino había dispuesto las cosas de la manera que habían sucedido. Dritarashtra, antes de partir, quiso celebrar todavía un gran sacrificio solemne, con las distribuciones de donativos de costumbre en estas fiestas religiosas y reales; y á pesar de la oposición de Bhima cumplió su deseo, durante la fiesta diez días. Concluida que fué, Dritarashtra, Gandari, Pritha, Vidura y Sanyaya, vistiendo cilicio, salieron de sus palacios y de la ciudad, precedidos del fuego sagrado llevado por brahmanes. Les acompañaron, además de gran multitud del pueblo, el rey Yudishtira, sus hermanos y mujeres. Las masas del pueblo se fueron despidiendo sucesivamente, y por último se despidieron también los Pandu, á los cuales su madre consoló y dió muchos buenos consejos, y regresaron á la ciudad tristes y afligidos, mientras el anciano rey destronado y su

comitiva se dirigieron al río Baghirati, que después de su unión con el Alakananda toma el nombre de Ganges. Allí pasaron su primera noche sobre la yerba, y al día siguiente continuaron su marcha, que les condujo á un sitio ameno morada de piadosos Marut (los genios que componen la cohorte de Rudra ó Siva). Allí varios brahmanes y ascetas rodearon á los peregrinos y les recrearon con sus conversaciones agradables. Dritarashtra tomó parte en sus ejercicios y abluciones de la tarde. Desde allí el rey y los suyos pasaron á la ermita de Satayupa, rey de los kekayas, que la tenía en la selva junto al campo de batalla. Este rey había renunciado también al trono, y Dritarashtra, accediendo al deseo de Vyasa, se estableció con los suyos junto á Satayupa. Allí llegaron á visitarles Vyasa con sus discípulos y otros muchos varones santos que les distrajeran, especialmente á Pritha, contándoles historias, y así olvidaron sus pasadas penas y se acostumbraron á su nueva vida.

Entretanto los hermanos Pandu estaban intranquilos por la suerte de los ausentes, especialmente de su anciana madre; y Yudishtira, á propuesta de Sahadeva, dispuso una visita solemne á los regios anacoretas. Los cinco hermanos fueron, pues, con sus mujeres y numerosísimo séquito al otro lado del Jumna y llegaron sin novedad al retiro solitario de sus parientes. El encuentro fué conmovedor; todos se abrazaron vertiendo abundantes lágrimas. Acudieron gran número de anacoretas y penitentes que vivían por aquellas cercanías y Sandyaya los presentó á Yudishtira; después fué éste á saludar á Dritarashtra y luego á Vidura, al cual encontró absorto en sus meditaciones y ejercicios austeros de penitencia, y finalmente se hizo enseñar toda la colonia. Llegó también Vyasa, que con sus pláticas renovó los dolorosos recuerdos del tiempo pasado y de tantos muertos queridos, pero prometió devolver con sus penitencias la paz del alma á todos aquellos corazones lacerados. Al cabo de un mes, observando Vyasa y otros santos maestros que Dritarashtra, Gandari y las demás mujeres deseaban ver á sus amados difuntos, Vyasa entendiéndose con Pritha, que lloraba á su hijo primogénito Karna, y bajo su dirección pasaron todos á orillas del Ganges, donde el santo con su virtud una noche y á la vista de todos, hizo salir de las aguas del río sagrado á todos los héroes con sus soldados muertos en la gran guerra. Vencido el primer espanto, se mezclaron los vivos con los aparecidos, los padres con sus hijos, las viudas juntáronse con sus esposos, los hermanos con sus hermanos, en fin, cada uno con su deudo y amigo, hasta que al llegar la noche á su fin, los muertos desaparecieron uno tras otro como habían aparecido para volver á sus moradas en el otro mundo. Después se despidieron los que continuaban en éste, pero consolados, aunque pesarosos por la separación, regresando Dritarashtra con los suyos á su soledad, los Pandu con sus mujeres y acompañamiento á Hastinapur, y los demás que habían acudido, cada uno á su hogar.

Al cabo de dos años, Narada, el compañero de Vyasa, llegó á ver al rey Yudishtira para participarle la muerte de sus parientes, que dedicados á sus penitencias habían ido peregrinando á las fuentes del Ganges. Seis meses de peregrinación á pié, durmiendo al raso y alimentados insuficientemente, les habían ya reducido á esqueletos vivos, cuando un fuego llevado por el viento, no por casualidad sino enviado por Agni para ellos, incendió la selva en la cual se hallaban los piadosos y regios penitentes, los cuales envueltos por el voraz y sagrado elemento, perecieron en las llamas de Agni para remate de su perfección espiritual y para su eterna bienaventuranza. Solo Sandyaya, obedeciendo á las instancias de Dritarashtra, se salvó en las solitarias escabrosidades del Himalaya. Por esto dijo Narada al rey Yudish-



Mahadeva y Parvati (gruta de Dummar-Lena, en Elora)